

Barcelona, un mes	2'— Ptas.
Provincias	2'50
Portugal trimestre	8'50
América	8'50
Demás países	25'—

## Vida musical

## El libreto de Don Juan

Oportuno siempre en su esmerada labor de traductor, Joaquín Pena nos ofrecía ayer la versión catalana del drama de Maeterlinck, «Pelléas et Mélisande», musicado por Debussy, que se representaba en el Gran Teatro del Liceo; hoy, al anunciarse las representaciones del «Don Juan», de Mozart, en el mismo coliseo, recibimos la traducción del libreto que inspiró al maestro de Salzburgo una de las más estupendas creaciones de la escena lírica de todos los tiempos.

Mucho se discutió acerca de los méritos literarios y del valor moral del libro de Lorenzo Da Ponte. Literariamente, dijose hasta la saciedad que se trataba de un mosaico desbarajustado de escenas abigarradas, brujuleando entre las cuales no sabía uno a qué atenerse con referencia al carácter de una representación en la que se codeaban desenfadadamente lo bufo, lo cómico, lo dramático, cruzando a lo mejor la escena una centella trágica. El voto de censura apoyábase virtualmente en el curso sumamente simplificado de la afañación en los antiguos poemas de ópera. Por no citar más que un ejemplo clásico, recordemos la sobria unidad del «Orfeo» que Calzabigi escribiera para Gluck. Sin remontarse al género mitológico de acción limitada, en el mismo terreno cómico-musical se imponía la comparación con el libreto de «Las Bodas de Fígaro», escrito con muy poca anterioridad al de «Don Juan» por el mismo Da Ponte, que es, diremos con el traductor catalán, una refundición magistral de la comedia de Beaumarchais.

El primero en salir a la defensa del libreto de «Don Juan» fué probablemente, allá por el año 1850, el escritor musical Paolo Scudo en su obra «Critique et Littérature Musicale».

Con cierto golpe de vista apreciaba Scudo la versatilidad llena de vida de la comedia de Da Ponte, al escribir que éste, «inspirándose en las tendencias del inmortal artista, y más todavía en los acontecimientos de su propia existencia, trazó un esbozo admirable en el cual dió cabida, como en el broquel de Aquiles, a mil encantadoras reminiscencias de su juventud, a la poesía traviesa y a los fáciles halagos de la bella Venecia su patria.»

De entonces acá hemos acabado por no saber oponer reparos a un texto que tan excelentemente transfiguró Mozart, reconociendo por obra parte que deliberadamente le dió Da Ponte la estructura compósita que ofrece. Aprovechando habilidosamente elementos de Tirso, de Molière y de Goldoni, «el diestro libretista de Mozart—escribe Joaquín Pena—ofreció a éste su texto italiano en dos actos y numerosos cuadros con el título de «Don Giovanni, ossia il dissoluto punito», calificándolo de «dramma giocoso». Esto revela ya su intento de dar gran importancia a la parte cómica de la obra, hasta convertirla a menudo en bufa. Empero, en el drama trágico del héroe sevillano mantienes éste con su debido relieve, y ambos elementos, el trágico y el cómico, sostienen el contraste y la animación que dan mayor vida a la obra escénica. Entre las infinitas versiones del mismo asunto, tiene ésta el mérito de haber escogido los momentos culminantes y que más sobrecogen, así como también el de la más estricta unidad de lugar y de tiempo, que falta por completo aun en el original de Tirso de Molina.»

Con respecto al valor moral del «Don Juan», del abate veneciano, es preciso consignar que ha sido para muchos piedra de escándalo, empezando por Beethoven, quien no concebía que un artista celestial cual Mozart se hubiese complacido en tratar musicalmente tal desvergonzado asunto. Es sabida la austeridad de principios de que hacía gala el autor de «Fidelio» y sabemos cómo aprovechó la única ocasión de pisar las tablas para entonar un ferviente himno a la fidelidad conyugal.

A la insinuación apuntada por Scudo de que en «Don Juan» se refleja algo de las propias andanzas del libretista, se agregó la sospecha de que en él pudo poner su pecador mano el mismísimo caballero Casanova, de turbia memoria. Ello no se ha podido probar; no creemos que Da Ponte se hallase en crisis de ingenio para verse obligado a solicitar el auxilio de su amigo, ni en su correspondencia se trasluce nada que dé a entender tal colaboración, si bien se desprende que en un momento determinado pasa sus apuros para suministrar en breve plazo tres libreto que se le han encargado: «El árbol de Diana», para Marlini; «Assur», para Salieri, y «Don Juan», para Mozart. Pero median circunstancias, que no po-

demo detallar por no alargarnos, que dan verosimilitud a la especie. Existe por el pronto la amistad entre Da Ponte y Casanova, trabada en 1777 en Venecia, interrumpida más adelante tras una ociosa discusión sobre la métrica latina, y reanudada en Viena en 1786; y consta que el caballero era ducho en la confección de libreto teatrales.

Sea de ello lo que fuere, fuerza es reconocer que el autor del libreto de «Don Juan» pagó tributo a la desenvoltura de su siglo; pero también se debe hacer constar que, en definitiva, el pensamiento que preside al poema está en el polo opuesto de la apología del libertinaje. La moralidad de fray Gabriel Téllez subsiste incólume. Don Juan está en posesión de su libre albedrío; no es como aquel Pelléas que, en la niebla de su existencia, «s'embarquerait sans le savoir et ne reviendrait plus». Don Juan se da cuenta de sus pasos y tropiezos y, a mayor abundamiento, la bondad divina no le escasea los avisos. Es un pecador que se obstina en su pecado, por libre deliberación, no sumido en él por una fatalidad, o juguete de una divinidad implacable, aquella divinidad que con frase blasfematoria es increpada por el viejo Arkel en el poema de Maeterlinck. Sólo su obstinación en la impenitencia le abisma en el bártaro. Porque, a la postre, la misericordia divina, tan paciente con el que delinque, no puede menos de ceder a la divina justicia. Por encima del detalle liviano, triunfa en el «Don Juan», de Da Ponte, la precisión teológica característica del teatro clásico español.

VICENTE M.ª DE GIBERT

## Comentarios

## Hechos y cifras

Dos noticias han aparecido simultáneamente en la prensa europea. Es la primera que algunas fábricas francesas de automóviles, aceros especiales y productos químicos han recibido cartas de obreros especializados yanquis sin ocupación, que ofrecen sus servicios «en las condiciones que se quiera concederles».

Es la segunda que durante el año pasado, se vendió en los Estados Unidos un veinticinco por ciento menos de autos que en 1929, año pésimo ya. Es la venta más pequeña que registran las estadísticas de la industria, desde que el uso del automóvil, hoy casi indispensable al yanqui medio, comenzó a generalizarse.

Hasta ahora, los estadounidenses que venían a Europa, hacían el viaje como negociantes o como turistas curiosos y repletos de dólares. Las mismas caravanas de pequeños burgueses que recorrían París en autocar y visitaban los «cementos de la guerra» daban a los arruinados o semiarruinados europeos la impresión de que procedían de una nación sin pobres. El marco, el franco, la lira, la misma lira orgullosa, significaban poco ante la divisa de Delaria. Europa, al americanizarse, al yanquizarse, mejor dicho, aceptando estandarizaciones, películas en serie y músicas negras, confesaba su impotencia. El dominio del mundo mudaba de continente. París, Londres, Berlín, Viena y Roma cedían la supremacía a Nueva York. Los caricaturistas dibujaban a un simbólico y pintoresco Uncle Sam sentado sobre un montón de talegas de oro y contemplado con melancolía por Fritz, Mariana y John Bull...

Pero ya hay obreros yanquis, y no obreros del montón, simples peones, ruedecillas de la inmensa máquina fabril, sino obreros calificados, seleccionados, pertenecientes a esa categoría de manuales que los capitanes de industria conservan incluso en las horas de crisis aguda, que quieren venir a Europa en busca de empleo. Las gigantes manufacturas estadounidenses tuvieron que prescindir de ellos de manera definitiva. Por cada uno de tales preciosos auxiliares de la producción, cuántos proletarios sin habilidad ni pericia, habrán sido despedidos, de Frisco a Manhattan, desde que terminó el otoño?

La prensa neoyorquina hablaba últimamente de seis millones de parados. Probablemente, no se sabe de un modo fijo el número de forzosos huelguistas. En los Estados Unidos se atienen todavía, salvo excepciones estatales, en materia social, a las máximas de los fisiócratas. No hay comités paritarios, ni retiros obreros, ni socorros por invalidez, vejez, enfermedades

y desocupación. Se paga altos salarios cuando reina la prosperidad. Se rebajan los jornales y se despiden a la gente, cuando los pedidos disminuyen. El Estado se abstiene de intervenir en el mercado de brazos. A lo más a que se atreve, es, como ahora, a promover obras públicas.

Pero supongamos que, efectivamente, los parados yanquis son seis millones. Seis millones en una nación de ciento veinte millones de habitantes, es, de todas maneras, una cifra que se presta a consideraciones graves. Porque representan, por lo menos, doce millones más de hombres y mujeres trabajando con el sueldo o jornal bajos y sólo tres o cuatro días a la semana.

No nos sorprende, pues, que el año pasado bajara la venta de automóviles, con gran desesperación de los fabricantes estadounidenses. No hubo sólo estancamiento, paralización del progreso ininterrumpido hasta entonces, sino algo peor: decadencia visible.

Y considérese que la crisis no se notó de veras, sino a partir del verano. El invierno y el otoño habían sido satisfactorios. Wall Street se estremecía en ocasiones y sufría accesos febriles. Pero nadie vaticinaba el fin del «boom». Se tenía fe absoluta en el mañana. Se afirmaba que el organismo nacional estaba económicamente sano. Y se compadecía a los miseros europeos; famélicos y entregados a absurdas disputas políticas...

...

Y he aquí que salen de su espléndido aislamiento, fortificado y asegurado por la nueva tarifa, y luego de haber cerrado sus puertas a la débil inmigración europea, inician corrientes emigratorias. El rico piensa en el pariente pobre, que había desdeñado. El dólar no se ensoberbece cuando ve a la libra, a la lira, al marco y al franco. Reconoce que ya pasó la hora del orgullo.

No nos alegremos, nosotros europeos, de la depresión económica estadounidense. El mundo es solidario. Se acabaron, pese a los nacionalismos ululantes y gesteros, cargados de odio y de incompreensión, los compartimientos estancos. La Humanidad se compone de un solo navío, que navega desarbolado y sin rumbo por un océano tempestuoso. Y si hubiese naufragio, el egoísta y el abnegado, el valiente y el cobarde, el previsor y el irreflexivo, se ahogarían juntos y a la vez...

FABIÁN VIDAL

## DEL CINE DE LA VIDA

## Películas cortas

El conocido refrán que afirma, de manera terminante: «Dime con quien andas y te diré quien eres», podría hallar su complemento en otro concebido en estos términos: «Dime cómo andas y te diré quien eres».

En la vida moderna una de las características que más acusan la personalidad de los hijos del siglo XX es su manera de andar. Bien es verdad que cada día aumenta el número de los que no andan de ninguna manera ya que se trasladan de una parte a otra llevados por ese invento genial, mezcla de aparato de locomoción y de máquina trituradora, conocido vulgarmente con el nombre en automóvil. A pesar de ello estos también revelan su condición... Económicamente hablando son los llamados ricos; patológicamente considerados, son los reumáticos, artríticos o herpéticos. Para ellos ya no existen distancias y las horas tienen muchos más minutos que para el resto de los mortales. En cambio padecen de gastralgias, tienen el sistema nervioso ligeramente desconchado, la sangre circula por sus venas pezosamente y los músculos flácidos apenas si les sirven para apuntalar sus óseas armaduras.

Pero no es de ellos de quienes nos proponemos hablar, sin perjuicio de reservarnos el hacerlo otro día con la detención que las Ordenanzas Municipales nos permitan... Hoy vamos a ocuparnos de los otros, de los que van a pie; de los que constituyen la más sólida columna en que se apoya la existencia de las zapaterías; de los primeros consumidores de calcetines; de los discípulos predilectos de los más sabios higienistas; de los que no toman un tranvía más que cuando llueve y no ocupan un automóvil más que cuando éste los atropella.

Al hacerlo sentemos ante todo una afirmación: la de que el paso del hombre está en razón directa con la importancia de la localidad donde se mueve y en razón inversa con los recursos de que dispone, o sea que a menos pesetas, mayor velocidad.

El ciudadano de la libre América del Norte es el más veloz de todos. La rapidez de su paso es muy superior a la del vecino de

Londres y a la del domiciliado en París. Camina con verdadera desesperación... A pesar de ello nadie se fija en él; nadie repara en la energía de sus movimientos; nadie se preocupa de si podrá chocar con un farol, atropellar a un niño o asustar a una anciana corta de vista. Anda así porque esa es la marcha que exige el terreno que pisa y los dólares que busca apuntando una nueva nota, colocando un nespecifico o preparando a un amigo para la muerte mediante el suministro de un seguro de vida. Su paso es el reflejo de su carácter. Al verlo al instante se advierte que nos hallamos delante de lo que se llama un hombre enérgico, uno de esos hombres tan insistentemente reclamados por quienes se proponen proveer a la humanidad de plumas estilográficas, máquinas de escribir, aparatos de radio, fonógrafos portátiles, calcetines irrompibles, palillos automáticos para los dientes o cualquier otro de los inventos con que la humanidad pregona sus incansables progresos. Es el hombre que sugestiona con la palabra, deslumbra con el argumento, convence con el ejemplo, agobia con la insistencia y, si es preciso, llena de pavor el ánimo con el cuadro de desgracias que augura si no cae en sus redes el cliente a quien cultiva. Se bebe un whisky de un trago; saluda con gesto rápido, arrolla a los porteros, no pregunta a nadie por la familia, prescinde del paraguas cuando llueve y si en su andar atropellado coloca su humanidad sobre el pie de un infeliz mortal, no estima necesario perder el tiempo balbuceando una excusa o requiriendo la indulgencia del lesionado... ¡Es un hombre enérgico!

En una gran ciudad está en su ambiente. Supongámoslo por un momento trasladado a una localidad de tres mil habitantes, de esas que carecen de señales automáticas para regular la circulación. Si ese hombre se moviera en sus calles en la forma vertiginosa en que lo hace en Broadway u Oxford Street, los vecinos de aquéllas lo tomarían por un loco o un delincuente...

Fijémonos, en cambio, en ese que avanza por una vía con paso desigual e incierto; que se preocupa de dejar la acera las señoras y coje del brazo a una nodriza para ayudarla a subir a ella con su infantil paquete; que se detiene a comprobar la marcha de su reloj con la del que, majestuosamente, preside la torre de un edificio público; que vacila cada vez que ha de atravesar una calle; que antes de abrir su paraguas se asegura, extendiendo repetidas veces su diestra con la misma gravedad con que imponen sus mandatos circulatorios los agentes urbanos, de que lo cae del cielo es agua y no café con media tostada; que se detiene a limpiar su sombrero cuando algún ave deja caer sobre él determinadas substancias orgánicas; que se levanta el cuello del abrigo cuando sopla el viento y se desabrocha la americana cuando hace calor... ese ¡no lo dudéis! es un ser abúlico, huérfano de glóbulos rojos, débil con la familia, esclavo de la fórmula, víctima de los amigos, juguete del otro, del hombre enérgico, del que camina con paso rápido y decidido, del que al fin logrará colocarle una pluma fuente o un aparato automático para sacar lustre al calzado...

MAXIM

## EL REY JORGE V

Su Majestad el rey Jorge V ascendió al trono británico el 6 de mayo de 1910; sucedió a uno de los monarcas más populares de cuantos jamás ha tenido este país; pero, a pesar de las muchas dificultades y vicisitudes de este período, ha ido quedando año tras año más fuertemente arraigado en el favor y en la estimación populares. Según palabras del primer ministro, Mr. Ramsay MacDonald, «De todos los monarcas de este país, ninguno ha demostrado deseo más recto de defender los intereses de su pueblo, o cuidado más solícito por mejorar las condiciones en las cuales vive éste». Mr. Ramsay MacDonald añadió a este tributo otro a la augusta consorte del rey, la reina María: «Ella ha demostrado de manera extraordinaria y única las tiernas virtudes de la más admirable de las mujeres».

Los servicios del rey Jorge son tanto más importantes cuando se recuerdan los cambios asombrosos que se han verificado durante los veinte últimos años. Cuatro años de guerra condujeron a revoluciones que derrumbaron o destruyeron las monarquías de Rusia y Alemania, de Austria y de Grecia. En Inglaterra ha habido crisis constitucionales relativas a la Cámara de los Lores y a Irlanda; el partido político laborista se ha desarrollado rápidamente y ha logrado el poder como gobierno constitucional; existe el problema de la India y han adquirido estado legal los dominios; el derecho electoral se ha extendido a hombres y mujeres en condiciones iguales, con lo que la nación británica ha llegado a ser más democrática que nunca. Pero en todos estos cambios vitales, el rey ha ajustado su perspectiva y ha demostrado una apreciación completa del significado del variante porvenir. Tranquila y noblemente ha cumplido sus deberes en toda clase de condiciones y ha servido el mismo de ejemplo a su pueblo, y como consecuencia de ello se ha ganado su afecto y su admiración, a la par que su respecto y su ilimitada confianza.